



## CAPITULO VII

### Primeros mártires de Augusta

Dejemos por unos momentos á San Narciso y á San Félix, su diácono, en su camino de vuelta á España, y detengámonos un poco entre los vindelicios para presenciar el sublime espectáculo que solamente pueden ofrecer los héroes que dan su vida por la confesión de la verdadera fé.

Augusta iba llenándose de cristianos y la Religión del Dios crucificado era ya profesada en todos los ámbitos de aquella célebre ciudad. Su presidente ó prefecto Gayo se empeñaba inútilmente en atajar sus progresos é iba montando en cólera, á medida que tocaba la realidad de su pública derrota. Sus amenazas sólo conseguían estimular el fervor y la intrepidez de los neófitos augustanos. Un día resolvió, instigado por el espíritu de las tinieblas, ahogar en sangre el entusiasmo de los que en número siempre creciente iban abrazando la fé cristiana. Desde

aquella noche en que había intentado prender á los ilustres huéspedes de la casa de Afra, las puertas de ella habían permanecido cerradas á las abominaciones de que hasta entonces había sido teatro; y como quiera que la interdicción de los asquerosos placeres de la carne es el principal resorte para enconar el odio de los enemigos de nuestra Religión santa, era natural que el inicuo presidente desfogase en primer término su ira contra la mujer arrepentida que negaba á los malvados la satisfacción de sus brutales deseos. Afra fué llamada á la presencia del presidente, y Gayo, después de recriminarla durísimamente por su mudanza de vida y conversión al Cristianismo, la increpó en estos términos:

—Es necesario que ofrezcas sacrificio á nuestros dioses; de lo contrario, vas á sufrir horribles tormentos. Reflexiona que es mil veces preferible vivir á encontrar la muerte en cruel suplicio.

—De ninguna manera seguiré vuestro consejo, contestó Afra; bastantes pecados he cometido siendo infiel.

—¡Bah! replicó el presidente; déjate de inútiles negativas. Vé al Capitolio y sacrifica.

—Mi Capitolio es Jesucristo, repuso Afra con inspirada voz: á él tengo siempre presente á mis ojos y á él confieso humildemen-

te mis culpas. Y puesto que me reconozco indigna de ofrecerle un sacrificio adecuado á su Majestad soberana, deseo vivamente el sacrificio de mi vida por su santo nombre.

—Pero, preguntó Gayo, ¿no te entregaste hasta ahora á la prostitución? ¿Y quieres que el Dios de los cristianos acepte tus obras?

—Sabed, respondió Afra, que nuestro Señor Jesucristo bajó del cielo á la tierra precisamente para redimir y salvar á los pecadores; y, como enseña el Evangelio, jamás desdeñó la presencia de las mujeres mundanas ni de los mismos publicanos, con tal que unas y otros tratasen de arrepentirse de sus maldades.

—Ofrece sacrificio, te repito, dijo el tirano; y serás querida de tus amantes, como antes lo eras, y aún podrás atesorar muchas riquezas.

—¡Jamás! respondió con viveza la Santa. Nunca tomaré en lo sucesivo semejante dinero. El que tenía lo he arrojado ya lejos de mí, porque en buena conciencia no podía guardarlo, y venciendo la resistencia de algunos cristianos pobres que se negaban á recibirlo, se lo he dado todo (1).

—Es inútil, volvió á decir el presidente, que reconozcas y confieses á Jesucristo,

(1) La Iglesia antiguamente ni aún para los pobres admitía las oblações de las públicas ramerás.

puesto que una ramera no puede llamarse cristiana.

A lo que Afra contestó bajando con humildad los ojos.

—Por cierto que no merezco llamarme cristiana; pero la misericordia de Dios es tanta, que ha querido admitirme á su santa amistad y gracia.

Y Gayo replicó:

—Bien: sacrifica á los dioses, y ellos te salvarán.

—¡No mil veces! contestó la Santa. Mi salvador es Jesucristo, que, pendiente en la cruz, prometió el Paraíso al ladrón que tuvo el valor de confesarle.

El infucio juez no tuvo ya calma para escuchar más negativas, y con los ojos encendidos de despecho exclamó:

—¡Sacrifica! ú ordeno que, desnuda, seas vilmente azotada en presencia de tus mismos amantes.

—¡Ah! repuso Afra con dulce acento; ya no tengo otro motivo de confusión y vergüenza que los pecados de mi vida pasada.

—Avergonzado estoy, prosiguió el tirano, de estar tanto tiempo conteniendo contigo. Si no me obedeces, morirás.

Y la Santa, no pudiendo contener su alegría, al oír esta fiera amenaza, exclamó regocijada:

—¡Oh! ese es mi ardiente deseo, si es que

no soy indigna de morir por mi amado Jesús.

—¡Sacrifica! volvió á gritar el juez, ó mando que te atormenten y te quemem viva.

—Padezca enhorabuena el cuerpo que ha pecado, contestó Afra tranquilamente: lo que no quiero es que tenga que padecer el alma por haber ofrecido incienso á los demonios.

Entonces Gayo, encendido en ira, se puso de pié en el tribunal y pronunció así la sentencia:

—Condenamos á la prostituta Afra, que se ha declarado cristiana, á ser quemada viva, por haber rehusado sacrificar en honor de los dioses del imperio.

Los verdugos se apoderaron inmediatamente de ella y la condujeron á un arenal aislado en medio del rio Lech, no muy distante de la ciudad, y una vez allí, la desnudaron y la ataron á un poste. Ella levantó los ojos al cielo y comenzó á dar gracias y alabanzas al Señor, derramando lágrimas de consuelo. Entre tanto los verdugos disponían la hoguera al rededor de la dichosa mártir, arrimando haces de sarmientos. Pegáronles fuego, y al poco rato la Santa entregó su espíritu al Creador sofocada por el humo y las llamas que la envolvían.

A la orilla del rio se divisaban, merced á la débil claridad del crepúsculo, algunas personas que de lejos habían estado contemplando aquel fúnebre cuadro; y, no bien los

verdugos abandonaron el cadáver de la Mártir, vadearon aquellas el río, y acercándose á la hoguera, pudieron todavía impedir que el cuerpo de la Santa quedase reducido á cenizas. Eran Digna, Eunomia y Eutropia, las tres siervas y compañeras de Afra, acompañadas de un niño que volvió atrás y corrió á dar noticia del suceso á Hilaria, la madre de la valerosa Mártir. Hilaria, en cuanto cerró la noche, se dirigió en compañía de algunos sacerdotes y otras personas á aquel lugar, y reunidos allí todos, recogieron el cuerpo exánime de Afra y lo llevaron á un sepulcro que para sí y su familia había antes erigido Hilaria á dos millas de la ciudad (1).

La noticia de este entierro fué comunicada al presidente, dándosele carácter de reunión clandestina de cristianos, y Gayo despachó para aquel sitio un pelotón de soldados con orden de obligar á cuantos encontrasen allí á ofrecer sacrificio á los dioses, só pena de ser entregados al fuego sin consideración ninguna. Fueron allá los soldados y, no pudiendo lograr con ruegos ni con amenazas que se cumpliese el mandato del presidente, llenaron el ámbito del sepulcro hasta lá bóveda con haces de cambrones y

(1) Consistían los sepulcros de las personas pudientes de Augusta, en pequeños edificios de capacidad bastante para contener varios departamentos ó separaciones en que iban depositando los cadáveres de los difuntos de la familia.

sarmientos secos, pegáronles fuego y, cerrando la puerta, se retiraron de aquel lugar en que recibieron el martirio la madre de Afra, las criadas y las otras personas que las habían acompañado en la fúnebre ceremonia.

Los críticos Ruinart y Tillemont observan que, si bien la festividad de esos mártires se celebra el día 5 de Agosto, acaeció el martirio el 7 del propio mes, año 304; y el P. Juan Croisset, de la Compañía de Jesús, añade á estos datos que el bienaventurado San Afro, tío de Afra, cuya fiesta se celebra el día anterior á la de aquella santa Mártir, debió ser martirizado con mayores tormentos, para que fuese ejemplo de otros, aunque no se sabe con que género de martirio haya padecido. Y respecto del glorioso San Dionisio ó Zózimo, tío tambien de Santa Afra, dice el mismo P. Croisset, siguiendo la opinión del erudito Velsero, que es de creer que estaría presente como sacerdote y pontífice á las exequias de su bendita sobrina, y que con su hermana Santa Hilaria y las otras mártires fué quemado y recibió la palma del martirio.

Por la connexion que con nuestro asunto tiene la noticia que acabamos de apuntar acerca del triunfo de los primeros discípulos de San Narciso, hemos creído oportuno dedicar á la misma el presente capítulo. El lec-

tor, haciéndose cargo de este razonable motivo, nos dispensará esta digresión, cuyos datos hemos entresacado del historiador Doménech, quien afirma haberlos recogido en gran parte de una escritura antigua en pergamino y con sello que halló el Ilmo. don Francisco Arévalo de Zuazo, obispo de Gerona, diligentísimo en buscar cosas muy señaladas de Santos, especialmente de este obispado.



## CAPITULO VIII

### Regreso de San Narciso á Gerona

Después de recorrer el larguísimo trayecto que media entre Alemania y España, pisaron nuevamente San Narciso y su diácono Félix las tierras que se extienden hácia el Mediodía en el extremo oriental de la cordillera pirenaica, y tras un viaje de seis ó siete meses, á pié y sufriendo todo género de incomodidades y privaciones, llegaron á Gerona.

Por lo que dejamos apuntado en el capítulo IV puede fácilmente colegirse el lamentable estado en que el santo Obispo debió encontrar á su amada grey, combatida duramente todo aquel tiempo por la furia del delegado de Daciano, que ejecutó en ella la más horrible carnicería. El bárbaro Rufino había encontrado al pueblo gerundense enteramente cristiano, y se cebó en él como lobo hambriento entre un rebaño de tímidas ovejas. Verdad es que hubo de habérselas